

los días, sueño además muy plausible que desea vivamente que se trueque en realidad todo habitante consumidor y a lo que quizá pueda llegarse en breve tiempo.

Hay señoras que en sus estancias cuidan durante meses sus grandes gallineros, dejan personas expertas que los vigilen durante los meses de invierno y ya pueden permitirse el lujo de enviar frecuentemente sus productos a hospitales y asilos y tener un renglón más de entradas en los productos de la estancia.

Una señora a la que quería hacer vislumbrar que, además de las presas delicadas para su mesa, podía con la venta en el mercado (y como un nuevo recurso «para alfileres») rechazó con

cierto desdén una idea tan «terre-terre» y comercial; ofreciéndole un bombón como para dorar la píldora, le observé que no era tanta la diferencia entre el mercado de abasto y el mercado de matanza, donde enviaba sus capones y novillos; se convenció. «Ainsi soit-il» para todas antes que por los azares de fin de una época nos veamos obligados como el ex-rey de Portugal, Manuel de Braganza y su esposa, a pedir a la granja los medios necesarios a una vida modesta.

CLEMENTE ONELLI

(La Nación. Buenos Aires).

(Envío de don Leopoldo Durán).

LA NORMALISTA

Por TAO LAO ⁽¹⁾

NOCHES pasadas, en una de nuestras habituales pesadillas hemos visto cosas raras: era una calle larga cuyo extremo remataba en una especie de palacio luminoso.

Hacia él, en interminable hilera, caminaba con tardo paso una cantidad de mujeres: lucía en la cúpula del palacio un letrero: «Puesto».

Contemplando, distraída, la hilera, una abigarrada multitud se amontonaba en las aceras y se oía el murmullo de: «normalista... normalista...»

De pronto un aeroplano sesgó el cielo y como blanca bandada de palomas (estábamos románticos en el sueño) cayó sobre la hilera una cantidad de papelititos blancos.

Y nosotros, que en virtud de la pesadilla éramos apenas un insignificante mosquito, cargado con un par de lentes de carey, nos dimos a leer sobre el hombro de los transeuntes los misteriosos papeles blancos.

Y he aquí lo que vimos:

Los papelititos en cuestión tenían en su parte superior izquierda esta pregunta: ¿Qué piensa usted de la normalista?

Y después de la respectiva opinión se sucedían las firmas más extrañas: El papel... El francés... Un árbol, etc.

LO QUE OPINA EL PAPEL

LA normalista es a mi juicio un ser generoso; me gasta en abundancia, trazando sobre mí prolifas figuras geométricas, dibujos anatómicos, fórmulas algebraicas, números, composiciones y monografías.

En tiempo de exámenes me corta en largas tirillas y después de escribirme de muy menuda manera me esconde, arrolladito, en el puño de la manga.

Confieso, pues, que a la normalista debo el más grato sitio en que me he hallado en mi vida, y que no tengo contra ella más que una queja, y es la frecuencia con que me toma de cómplice firmando, sobre mí, el problema que le ha solucionado su amiga o la composición que le redactó su novio.

¡Pero esta complicidad es una de las inevitables tristezas del papel!

Aprovecho la oportunidad para quejarme y pedir protección a las autoridades contra tal abuso.

LO QUE OPINA EL FRANCÉS

¡AH, la normalista es mi enemiga irreconciliable! En vano serví de vehículo dorado al pensamiento de Hugo, Lamartine, Verlaine...

Nadie me deshace mejor.

Durante largas horas las bocas normalistas se ahuecan y juntan gracioso-

samente para pronunciarme; pero, endurecidas por la risa, salgo de entre ellas tan lastimado que corro a refugiarme en los labios del profesor.

Pero, ay de mí, que en mi heroico refugio suelo encontrar a mi peor enemigo, y entonces, escarmentado y comprendiendo que el mimetismo es la forma más práctica de vivir, me hago el tonto, me amoldo, pierdo mi personalidad y me convierto en una fórmula odiosa a la normalista.

Y eso es lo que más me duele... ¡Porque yo he sido siempre muy galante con las damas!

LO QUE PIENSA UN ÁRBOL DEL JARDÍN BOTÁNICO

LA normalista es mi amiguita preferida.

Me visita con frecuencia de 17 a 18 y de 10 a 11.

Generalmente no viene sola. La acompañan dos o tres amiguitas, y del banco más próximo parten angustiosos suspiros.

Las oigo charlar y no encuentro gran diferencia entre el arrullo de sus voces y el canto de mis pájaros.

Como en los divinos tiempos griegos, oigo que al pie mío se discuten cosas severas... suenan con frecuencia palabras terminadas en «ía», pero no me alarmo, pues sé que todo muere en una sabia contestación de suspiros, quienes, después de llegar al banco vecino, se pierden entre las hojas de mis compañeros.

La normalista es el complemento de mi escasa poesía de siervo de jardín.

Tanto lo entiendo que, sin que se dé cuenta, inclino sobre ella mis ramas y al pasar le acaricio los ojos con mis hojas más frescas.

LO QUE PIENSA

UN FUNCIONARIO PÚBLICO

...BAH... todo inútil... ¡Siempre vuelve!

LO QUE PIENSA LA MASA POPULAR

...¿UNA normalista? ¿Las normalistas? No sé... ¿Y a mí qué?... ¿Hoy es jueves? Opino que si las lanzamos a correr, ganan las rubias.

LO QUE OPINA UNA NORMALISTA

OPINO sobre mí misma lo siguiente: que soy pobre. Que estudio con sacrificio para ayudar a los míos y quisiera obtener el puesto a que me da derecho mi título sin formar en esta hilera interminable de postulantes. Afirmando que soy inteligente y capaz.

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbagelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: *Epistolario*..... \$1-25
 Varios autores: *Rodó y sus críticos*..... 3-00
 F. García Calderón: *El Wilsonismo*..... 1-25
 Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* (novela)..... 3-00

En la Administración del REPERTORIO

(1) La poetisa Alfonsina Storni.